

Daiana Bruzzone daibruzzone@yahoo.com.ar

<http://orcid.org/0000-0003-3057-4737>

Instituto de Estudios Comunicacionales en Medios, Cultura y Poder «Aníbal Ford»

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata | Argentina

Resumen

El neoliberalismo gestado durante la última Dictadura cívico militar no solo significó la liberalización del mercado sino una configuración sociocultural que incidió en el sentido que se le otorga al mundo y en los modos en los que la historia colectiva es posible de ser narrada. A partir de los jóvenes que tras poco más de una década de recomposición del Estado aún quedan en los márgenes, y, específicamente, de los jóvenes consumidores de pasta base de cocaína (*paco*), la autora propone ver cuerpos que portan las heridas aún abiertas por las políticas del terror y por la miseria planificada, pero cuya potencia reside en ser la denuncia viva del genocidio neoliberal y del daño heredado de nuestro pasado reciente.

Palabras clave

Neoliberalismo, Dictadura, jóvenes, genocidio

Abstract

The neoliberalism prepared during the last civic and military Dictatorship not only meant the liberalization of the market but a sociocultural configuration that affected the sense that grants to the world and in the manners in which the collective history is possible of being narrated. From the young persons who after more than one decade of recomposition of the State still stay in the margins, and, specifically, of the young persons consuming base of cocaine (*paco*), the authoress proposes to see bodies that there carry the wounds still opened by the policies of the terror and the planned misery, but which power resides in being the alive denunciation of the neoliberal genocide and of the hurt inherited from our recent past.

Keywords

Neoliberalism, Dictatorship, youngsters, genocide

Un grito silencioso

Jóvenes consumidores de paco y el reclamo de memoria, verdad, justicia e igualdad

A Silent Scream

Young Consumers of Paco and the Claim of Memory, Truth, Justice and Equality

Por Daiana Bruzzone

Estos hechos, que sacuden la conciencia del mundo civilizado, no son sin embargo los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino ni las peores violaciones de los derechos humanos en que ustedes incurren. En la política económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada.

Rodolfo Walsh (1977)

En estos tiempos de conmemoración, cabe preguntarnos en qué andamos a cuarenta años del Golpe de Estado de 1976: qué hemos hecho con estas pesadas herencias, qué sobrevivimos, qué transformamos, qué heridas aún no cicatrizan a poco más de tres décadas de gobiernos democráticos. Por estos días, ya pocas dudas caben (por no decir ninguna) acerca de que el neoliberalismo es una herencia de la última Dictadura argentina. Sin embargo, aún resulta importante destacar que el neoliberalismo no se refiere solo a un modelo económico que hace del Estado un mercado de poder.

Al hablar del neoliberalismo como una de las herencias más crueles gestada hacia fines de la década del setenta, en plena Dictadura cívico militar, también estamos refiriéndonos a toda una configuración sociocultural donde la liberalización de la economía es solo uno de sus aspectos, pero que incide fuertemente en los sentidos que se le otorgan al mundo y en los modos en los que la historia colectiva es posible de ser narrada.

Así, la construcción o la legitimación de las visiones del mundo neoliberal más que una receta mercantil consiste en la anulación de los conflictos de intereses en pos de la instauración de una única verdad, idealizando las democracias de las transparencias, pero optando por políticas autoritarias si fuese necesario. El proyecto neoliberal que configura nuestras subjetividades y nuestras prácticas cotidianas favorece las concentraciones materiales, pero también las simbólicas, de modo que la condición necesaria para su funcionamiento adecuado se erige en las desigualdades y en la exclusión social de todo aquello que no se corresponde, que atenta o que incomoda a alguno de sus postulados.

De este modo, aquel gobierno del horror y sus cómplices, locales e internacionales, se encargaron de instaurar un orden liberal declinando, sustancialmente, la calidad de vida de la sociedad argentina de hace cuarenta años y la de las futuras generaciones. Se valió, para esto, de las políticas del miedo y del odio, esgrimiendo la necesidad de reorganizar la nación, una nación conservadora, blanca, patriarcal, sin espacio habitable para la diversidad de ningún tipo. Además, en ese contexto, la última Dictadura nos arroja una de las más pesadas herencias de nuestra historia: la figura de los desaparecidos.

Los (otros) jóvenes

*Hablar de daño implica hablar de dolor
(carnal, visceral, físico, emocional, sentimental)
que se vive en un cuerpo y en un individuo.
Y, cuando hablamos de daño social,
incorporamos la historia a ese cuerpo
que se hace también cuerpo colectivo.
[...] ¿Cómo es vivir dañado?, ¿qué relación existe
entre el daño y las formas aparentemente irracionales
en las cuales ciertos jóvenes encuentran
de manera cotidiana la muerte?, ¿qué hacer con el daño,
si es que finalmente se puede hacer algo con ello?*

Florencia Saintout (2013)

En la Argentina, la condición de desaparecido nos lleva, sin dudas, a uno de los momentos más oscuros de nuestra historia. Así, permanentemente se reabre una herida zanjada hace

cuarenta años por los gestores del terror que, a la vez que hicieron desaparecer a más de treinta mil personas, sentaron las bases de la marginación de todo aquello que no se corresponde con sus reglas e instauraron una directa relación entre muerte y juventud.

Durante estas fechas es habitual el recuerdo, el pedido de verdad y justicia y el reconocimiento de los miles de jóvenes que fueron víctimas del terrorismo de Estado; a la vez que la celebración de la vida democrática y de la participación política en el espacio público de las generaciones juveniles contemporáneas que encuentran en la organización la posibilidad de transformación.

Sin embargo, no siempre nos es posible detenernos en los otros jóvenes, en los que no militan, en los que no estudian ni trabajan, los que aún quedan en los márgenes, para los que no alcanzaron doce años de un Estado presente para revertir las herencias de la exclusión signadas por tres décadas consecutivas de políticas neoliberales.

Entre estos jóvenes están los consumidores de pasta base de cocaína (paco) que residen, especialmente, en los sectores populares como los barrios y las villas del conurbano bonaerense. Son ellos los que portan la muerte como una herencia en relación con sus prácticas cotidianas y con sus condiciones de vida, cada vez que están atravesadas por la más cruda desigualdad. En los cuerpos de los jóvenes del paco se entram(p)an las cicatrices, los dolores, las heridas sangrantes de las políticas del terror, la miseria planificada, el daño heredado de nuestro pasado reciente. Y, también, en esos mismos cuerpos se hallan las marcas de la sobrevivencia: como grito desgarrador, como denuncia de una historia, de un sistema, de un modelo que los expulsa, que brega por *desaparecerlos*, que los mata.

Desalineados, tumberos, sucios, olorosos; frágiles, delgados, consumidos, fisurados, duros. Así son los cuerpos de los jóvenes fumadores de paco que llevan sobre sí los estigmas del hedor, del horror, de las violencias. Estos duros del paco, las más de las veces, son vistos como monstruos o como salvajes que habitan «naturalmente» un espacio social caracterizado por la exclusión y la precariedad. Se los demoniza. Se los condena. Para ellos se pide mano dura, cuando no la pena de muerte, que, especialmente desde los medios y desde las miradas conservadoras, se justifica mediante discursos simplificadores, deshistorizados, interesados. Chivos expiatorios, portadores del peligro social, sus muertes no valen, no se narran, no se lloran.

Desde las agendas mediáticas, pero desde las académicas y desde las políticas, también, el consumo de pasta base de cocaína aparece asociado de manera directa a la muerte, principalmente, debido a la velocidad con que acaba con la salud y con la vida de los fumadores; pero, también, en relación con la idea de que estos son capaces de matar a otros para conseguir el dinero que les permita comprar paco. Así, el consumo de paco puede ser leído desde una retórica de la muerte, especialmente, si nos preguntamos por los modos en los que las condiciones de época se inscriben en las subjetividades de los jóvenes de los sectores populares.

La muerte desdeñable del cuerpo humano conlleva el horror de los hedores, de los desechos, de los dolores, de los ocasos y de los finales que buscan evitarse de todas las maneras posibles a través de las tecnologías médicas y estéticas; pero, también, se evita a partir de lo que podemos llamar unas amnesias colectivas: estas donde el pasado queda invisibilizado, naturalizado en un «siempre fue así». Esta amnesia es sobre la que se justifican las pobrezas estructurales y las riquezas acumuladas por una minoría; así como las muertes de unos jóvenes (ya sean estas físicas o sociales) y las desigualdades en los accesos y en los ejercicios de los derechos. Sin embargo, el consumo de paco en jóvenes de sectores populares porta unas características que, lejos de poder sostenerse en esta amnesia, reclaman, llaman a la memoria.

El paco

El característico ritmo de consumo, la toxicidad, la abstinencia, la compulsión e incluso la muerte son siempre sociales, es decir, son «biologías» modeladas y reguladas por las prácticas de consumo, intercambio, contextos, características de los vínculos y economías en las que se integran. [...] Estos procesos, aunque ubicados en los cuerpos sociales e individuales, no son vividos como «naturales». Se han convertido en el fundamento de cuestionamientos, denuncias, demanda y de la organización de redes y movimientos sociales que luchan para su modificación.

María Epele (2010)

Identificada como la droga de los excluidos o del exterminio, organizaciones barriales y familiares, a lo largo y a lo ancho de nuestro país, denuncian que la producción y la venta de paco a jóvenes y a niños constituye un plan sistemático de desaparición por parte de quienes detentan los poderes económicos, ya que su incursión en los sectores populares tiene lugar alrededor del año 2000, en coincidencia con el auge de las luchas urbanas (movimientos sociales, organizaciones territoriales en los barrios y en las villas).

El paco ocupa en la vida de estos jóvenes un lugar ambiguo o conflictivo como es el de las relaciones afectivas y el de las contenciones institucionales, en la medida en la que cada base que se fuma da lugar a un *borramiento* del cuerpo (que queda tan duro por fuera, como por dentro) que permite el alivio ante la exposición a condiciones hostiles de existencia. Y en este consumo tiene lugar en un doble juego a través del cual es posible morir –o matar– y existir, a la misma vez.

Mientras el deterioro del organismo puede leerse como muerte, al igual que el tiempo de la espera (del barrio o de la villa) y que el borramiento del cuerpo –del que no se toma conciencia hasta que se presenta la abstinencia–, este consumo corre a los jóvenes del lugar de invisibilidad (o de muerte social) a la vez que les otorga un pacto identitario. El consumo de paco se presenta como un ordenador o como un sentido de la existencia caracterizado por la dureza.

Esa dureza hecha carne no solo da cuenta de los efectos colaterales del consumo de esta droga, sino que pone de relieve una relación entre las entradas y las salidas de los lazos sociales y de los vínculos afectivos. De este modo, es posible pensar que la dureza que se configura en el consumo de paco existe en las vidas de los jóvenes consumidores previamente y que, luego, en el consumo se expresa en relación con su contexto.

Paradójicamente, ese endurecimiento que puede sonar como una fortaleza o como capacidad de resistencia a la precariedad de los márgenes, tiene lugar en unos cuerpos que, como describen los propios consumidores, son frágiles, se achican y se deterioran con el paco. Entonces, si tal como nos lo plantea David Le Breton (1998), nunca estamos solos en nuestros cuerpos, porque allí cargamos las huellas de nuestra historia, la sensibilidad personal, pero también unas dimensiones que se nos escapan y que tienen que ver con los simbolismos que le dan carne al vínculo social, y sin las cuales no seríamos nosotros mismos, estos cuerpos duros del paco toda vez que se borran, se consumen, se fisuran, erosionan, al mismo tiempo, a los propios consumidores. Y, entendiendo estos consumos como prácticas o como operaciones fundantes de nuestras sociedades neoliberales, resulta clave señalar que el ellas borrarse, morirse, implica, también, desaparecer.

El silencioso grito de los herederos

*¿Quiénes son –o somos– los sobrevivientes de la lucha armada?
¿Aquellos que estaban en condiciones inmediatas de morir,
como los pocos [...] que salieron con vida de los centros clandestinos de detención?
¿Los que eludimos el riesgo de la muerte exiliándonos [...]?
[...] ¿O sobrevivientes somos todos porque estuvimos en peligro,
los nacidos y los no nacidos [...] todos los que sin saberlo plenamente
llevamos la marca de una época de oprobio de la que yo no puedo despegarme
porque las cicatrices me marcan y no quiero disimularlas
aunque se hundan en mi propia responsabilidad por lo ocurrido?*

Héctor Schmucler (2007)

Sobrevivientes (Schmucler, 2007) o herederos de las heridas de nuestra historia reciente, de las dictaduras, de las políticas neoliberales, los jóvenes consumidores de paco llevan en sus cuerpos las marcas del dolor, de lo que aún falta tras poco más de una década de recomposición del Estado. En nuestras sociedades, expresa Byung-Chul Han, «los supervivientes equivalen a los no muertos, que están demasiado muertos para vivir y demasiado vivos para morir» (2014: 44). Así, estas prácticas de consumo de paco que oscurecen o que opacan sus pieles, sus relaciones, sus vidas, a la vez iluminan o guían hacia dónde debemos ir en pos de un proyecto social inclusivo.

Señalados como portadores de la barbarie, los derechos así como las ciudadanía de los cuerpos duros del paco parecen estar erosionados, fundamentalmente, en dos sentidos. Uno se vincula a que ellos, como portadores del hedor, del peligro y de la negritud, no son los cuerpos que se corresponden con las ciudadanía liberales y de la razón. Y, luego, el ámbito del consumo se les presenta como uno donde pueden tramitar su capacidad de agencia, pero de nuevo allí estos jóvenes quedan aislados, fisurados, dificultándose de esta manera tanto la reconstrucción de los lazos sociales y afectivos como la posibilidad de organización política, ya que esta convoca desde las convicciones colectivas, desde las ideologías, pero no desde el consumo individual.

Néstor García Canclini sostiene que «lo silenciado o lo diferente, que se manifiesta por vías oblicuas, desconcertantes, no importa tanto como recurso mágico para modificar el orden imperante sino como voz excluida que puede revelar algo del orden excluyente» (2004: 143). Así, en el caso de los cuerpos duros del paco podemos ver que son unos cuerpos residuales, desechables. Sin embargo, su sola existencia como residuo –toda vez que se identifican hasta consumirse con el residuo de la cocaína– implica una potencia, en la medida en la que son la denuncia viva del genocidio neoliberal. Si ellos desaparecen por completo, se borran las evidencias que portan en sus marcas las historias de las generaciones excluidas que los anteceden. Contra este olvido se rebelan los cuerpos de la dureza; y para la memoria, la verdad, la justicia y la igualdad este silencioso grito de los herederos de los más crueles de nuestros tiempos.

Referencias bibliográficas

GARCÍA CANCLINI, Néstor (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.

EPELE, María (2010). *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*. Buenos Aires: Paidós.

HAN, Byung-Chul (2014). *La agonía del eros*. Barcelona: Herder.

LE BRETON, David (1998). *Pasiones ordinarias. La antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión.

SAINTOUT, Florencia (2013). *Los jóvenes en la Argentina. Desde una epistemología de la esperanza*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Referencias electrónicas

SCHMUCLER, Héctor (2007). «Los relámpagos iluminan la noche. Carta enviada a *La Intemperie*». En AAVV. *No matar. Sobre la responsabilidad*. Córdoba: Ediciones del Cíclope - UNC [en línea]. Recuperado de <<http://archivo.lavoz.com.ar/anexos/Informe/07/2607.pdf>>.

WALSH, Rodolfo [1977] (2010). *Carta abierta de un escritor a la junta militar*. Buenos Aires: Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos de la Nación [en línea]. Recuperado de <http://conti.der-human.jus.gov.ar/_pdf/serie_1_walsh.pdf>.